

ACTITUDES LINGÜÍSTICAS EN ARAGÓN*

1. ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL TÉRMINO «ACTITUD LINGÜÍSTICA»

El término *actitud*, que traduce el inglés *attitude*, constituye una de las nociones sociológicas o psicosociológicas básicas en el estudio de las ciencias sociales. Suele indicarse, en la bibliografía, que se trata de un concepto elaborado por Allport en 1954, quien lo consideró «the primary building stone in the edifice of social psychology», y cuya aplicación en el terreno lingüístico —«las actitudes lingüísticas»—, la inicia el sociolingüista canadiense Wallace Lambert¹. A partir de mediados de los sesenta y, sobre todo, en la década de los setenta, se reconoce su importancia en las investigaciones sociolingüísticas².

Attitude refleja el resultado de dos etimologías latinas: APTITUDO (‘inclinación’, ‘disponibilidad’, ‘predisposición’) y ACTIO (‘acción’, ‘conducta’). Por ello, Fishbein y Ajzen (1975: 195) definen la *actitud* —traducimos— como «predisposición para responder de una forma sistemáticamente favorable o no favorable a un objeto determinado» (un partido político, un cantante, una ideología, una lengua, etc.)³. Desde los primeros trabajos de Allport hasta hoy, el estudio de las *actitudes* se ha desarrollado de forma compleja. De hecho, podrían ofrecerse muchas otras definiciones del término, que suelen agruparse, con todo, en dos bloques: las mentalistas y las conductistas⁴. Para los mentalistas, la *actitud* no puede percibirse ni medirse directamente; es una noción que integran o componen tres dimensiones o, si se quiere, que refleja el resultado de una construcción personal a partir de tres componentes: un componente cognitivo; otro, valorativo o afectivo, y un tercero, conativo o de conducta. Es decir, en la «actitud» hacia un objeto lingüístico —v. gr., una variedad lingüística (ya sea lengua, dialecto, etc.)— se combina una serie de «conocimientos» y de «creencias» sobre el mismo, con «sentimientos» o «sensaciones» (positivas o negativas) hacia él, que provocan, en fin, una conducta efectiva del individuo —el hablante—, que consiste, por ejemplo, en que este usa la variedad lingüística en cuestión. Para los conductistas, en cambio, las «creencias lingüísticas» deben separarse de las «actitudes». Las «actitudes» serían directamente analizables y estarían configuradas por una sola dimensión (conativa o de conducta), mientras que las «creencias» estarían integradas por elementos cognitivos y afectivos, que podrían determinar «actitudes» o no⁵.

* La versión original de este trabajo se publicó en José-Carlos Mainer y José M.^a Enguita (eds.), *III Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (siglos XVIII-XX)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994, pp. 331-354. Figura en la bibliografía de la autora recogida en este volumen con el número [38].

¹ *Vid.* Deprez y Persoons (1987: I, 125); *vid.* también López Morales (1989: 231 y las nn. correspondientes).

² Deprez y Persoons (1987: I, 125) y López Morales (1989: 236), donde se incluyen referencias bibliográficas abundantes con especial interés para el dominio hispánico.

³ «A predisposition to respond in a consistently favourable or unfavourable manner with respect to a given object» (en Fishbein y Ajzen 1975; *vid.* Deprez y Persoons 1987: I, 125).

⁴ Consúltese, por ejemplo, López Morales (1989: 231-236).

⁵ Las preferencias por las propuestas mentalistas o conductistas se detectan fácilmente incluso en las síntesis bibliográficas: Deprez y Persoons son claramente mentalistas —aunque no lo confiesen—; en cambio, López Morales es explícitamente conductista.

No quiero cansar al lector con más precisiones teóricas. Me ha parecido necesario hacerlas para explicarle que, en mi exposición, voy a utilizar el término *actitud* de una manera ecléctica (mentalista, unas veces; conductista, otras). Intento ofrecer algunas reflexiones sobre las actitudes lingüísticas de los aragoneses. Abarco un marco temporal muy amplio y me refiero a fenómenos sociolingüísticos diversos, si bien referidos siempre al espacio aragonés. No he pretendido ser exhaustiva. He tratado de hacer algunas calas y de interpretar distintos aspectos de las actitudes, pasadas y presentes, de los aragoneses en relación con las variedades lingüísticas que han usado o que usan, en cuanto miembros de una comunidad que se denomina Aragón.

2. DOS MUESTRAS DE ANÁLISIS DE LAS ACTITUDES LINGÜÍSTICAS EN ARAGÓN

No conozco estudios que versen específicamente sobre las actitudes lingüísticas de los aragoneses⁶. Con todo, me ocuparé a continuación de dos contribuciones en las que se trata del tema.

2.1. La primera de ellas es el análisis que hace Tomás Buesa sobre la «conciencia lingüística» de los aragoneses en su trabajo para las *II Jornadas sobre el estado actual de los Estudios sobre Aragón*. Buesa interpreta las respuestas que dan los informantes aragoneses del *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR), para denominar a la variedad lingüística que utilizan, como sintomáticas de ciertas creencias y actitudes por parte de los hablantes⁷.

El autor percibe, en primer lugar, una conciencia localista, muy fuertemente acentuada, en seis puntos, en los que los informantes dan un nombre específico al habla propia. Cuatro de ellos se ubican en valles del Pirineo y se corresponden con variedades dialectales altoaragonesas (*ansotano*, *cheso*, *belsetán* o *belsetano* y *chistavín* o *chistavino*). La quinta localidad es Fraga, situada en la Franja Oriental de Aragón, donde se dan variedades diversas del catalán, particularmente del catalán occidental. En Fraga se recoge *fragatí*; en el resto de las localidades sometidas a encuesta en la Franja, las respuestas remiten al término *chapurreau* (que se documenta junto a otras variantes como *chapurriao*, *chapurriau* y *chapurriat*). El sexto punto en el que Buesa identifica una conciencia lingüística localista es Ateca, en la provincia de Zaragoza (en el valle del Jalón, próxima a Calatayud), donde —sorprendentemente— los informantes denominan al habla local *atecano* y donde —más comprensiblemente— se re-

⁶ Con posterioridad a la elaboración del texto de esta conferencia, Arnal Purroy (1992: II, 35-44) ha publicado un trabajo sobre «Conductas y actitudes lingüísticas en la Baja Ribagorza occidental (Huesca)», que no hemos podido tener en cuenta aquí.

⁷ Vid. Buesa (1980: 361-366), cuyo análisis se centra en el mapa 5 del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR), dirigido por Alvar (1979-1983). Son ya varios los trabajos en los que se aprovechan los datos del mapa de los atlas lingüísticos que recoge el nombre que dan los informantes al habla local, para determinar creencias y actitudes lingüísticas. A pesar de lo limitado de la fuente y del carácter no directo de las respuestas —en relación con la «actitud»—, los resultados son convincentes y orientativos. Vid. Alvar (1976: 91-114), Saralegui (1984: 537-551) y Enguita (1988: 188 y ss.).

coge también *baturre*. Parece claro que los atecanos consideran su forma de hablar marcada peculiarmente en relación con el castellano o español común.

Hay tres localidades en el ALEANR que aportan sendos nombres que reflejan una conciencia comarcal *sui generis*. Se trata de Salvatierra de Esca, el pueblo más septentrional de la provincia de Zaragoza, a la entrada del valle navarro del Roncal, donde se aduce *montañés*. Y Benasque (con Campo), en el extremo nordoriental de Huesca, donde se recoge *patués*, «voz no patrimonial —indica oportunamente Buesa—, sino de procedencia transpirenaica, como recuerdo afectivo de los estrechos y tradicionales contactos sociolingüísticos entre los habitantes de ambas laderas de los Pirineos» (1980: 363).

Buesa percibe una conciencia lingüística regionalista en treinta y una respuestas (las cuales representan en torno al 25 % del total, que alcanza la cifra de ciento veintiséis); conciencia que se refleja en el uso de los términos *aragonés* (diecinueve casos) y *baturre* (en doce puntos). *Aragonés* se identifica en seis localidades de la provincia de Huesca (entre ellas, la capital), que, en general, no se corresponden con zonas donde perviven las hablas derivadas del dialecto aragonés; también se da *aragonés* en otros seis puntos de Zaragoza, y en siete de Teruel⁸. En cuanto a *baturre*, su empleo se concentra, como denominación de habla local, en la provincia de Zaragoza (nueve casos: el 75 % del total); solo en una ocasión se recoge en la de Huesca (en Bolea) y dos veces, en la de Teruel (en Híjar y en Alfambra, que da también *maño*).

El mayor número de las respuestas que analiza Buesa —treinta y dos— corresponde a *castellano* (en siete localidades de Huesca, cinco de Zaragoza y veintiuna de Teruel —entre ellas, la capital—). *Español* se registra dos veces, y las dos, en Teruel. Con bastante frecuencia se añade, junto a *castellano*, una matización peyorativa (*castellano basto*, por ejemplo).

El mapa 5 del ALEANR permite, pues, confirmar algo que, no solo los filólogos sino cualquiera que vive en Aragón, sabe: que la variedad lingüística más empleada en la comunidad aragonesa es la lengua común del dominio hispánico (por otra parte, la hablada por *todos* los aragoneses); es decir, que la mayoría de los aragoneses considera que su forma de hablar coincide con la del resto de los hispanohablantes: es *castellano* o *español* (en Aragón se prefiere, al parecer, el primer término)⁹. De otro lado, no pasan desapercibidas a los aragoneses las peculiaridades regionales que presenta la lengua común en sus comunidades lingüísticas, de ahí que, en localidades inequívocamente castellanohablantes, se recojan términos como *aragonés* o *baturre* para denominar al habla propia (cfr. n. 8). En este punto, sin embargo, conviene que señalemos que las diferencias entre la norma ideal y la regional no parecen

⁸ Vid. Buesa (1980: 362-363): «Si el lingüista estudiara esas hablas locales identificadas con el *aragonés* observaría que, en su mayoría, son un español vulgar o rústico, salpicado de aragonesismos, casi siempre léxicos. Tal vez por eso respondieron en Bijuesca (Zaragoza) que allí no hablaban “ni aragonés ni castellano”».

⁹ Véase Buesa (1980: 363): «Que haya preferencia por el arcaísmo *castellano* frente al neologismo *español* es corriente en los ámbitos rurales de todo el mundo hispánico, donde los campesinos, poco amigos de novedades, muestran más apego a todo lo tradicional». El hecho es que, como se verá más adelante (§ 2.2), *castellano* será preferido a *español* también por los hablantes encuestados por mí en Zaragoza.

sentirse, en Aragón, tan intensas como en otras zonas del dominio hispánico¹⁰. Y, por otra parte, hay que destacar también que designaciones como *aragonés* o *baturro* para el castellano hablado en Aragón revelan la conciencia de pertenencia a la comunidad aragonesa de la lengua común hispánica¹¹.

Otro aspecto interesante sobre la conciencia lingüística de los aragoneses que hemos podido deducir personalmente, a partir de los datos del mapa que nos ocupa, afecta al estatuto de las variedades lingüísticas que derivan del dialecto aragonés. No se las identifica con un término nivelador, que remita a una especie de coine aragonesa, lengua aragonesa o dialecto aragonés. Más bien, como hemos visto, se las representa con términos que caracterizan a hablas locales (*ansotano*, *cheso*, etc.), diferenciadas entre sí y distintas, desde luego, del castellano.

También en la Franja Oriental de Aragón se percibe, a partir del mapa 5 del ALEANR, una conciencia lingüística particular. Las hablas orientales se consideran integradas bajo un término común (el *chapurreau*), que, solo en Fraga, se denomina de modo peculiar (*fragati*); el *chapurreau* nunca se confunde con el castellano ni con el antiguo dialecto aragonés; tampoco se denomina, en ningún caso, *atalán*¹².

Otro hecho que también deja claro el análisis del mapa de que tratamos es lo frecuente que resulta y lo generalizada que está, en Aragón, la valoración despectiva o negativa de su habla local que hacen los informantes¹³. De un total de ciento veintiséis respuestas, treinta y ocho reflejan una calificación peyorativa, ya sea por medio de adjetivos o adverbios (*castellano basto* o *malo* o *muy mal*), ya sea por el propio sentido del término seleccionado (*basto*, *toché*, *palurdo*, *cazurro*, etc.) o por las connotaciones que, desde un punto de vista histórico, se asocian con el nombre elegido (*baturro* o *chapurreau*). Aunque es habitual en los atlas lingüísticos la presencia de este tipo de valoraciones negativas, lo cierto es que, en Aragón, su número y su extensión resultan especialmente llamativos¹⁴.

¹⁰ Compárense, por ejemplo, las respuestas del ALEANR con las del *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía* (ALEA) (vid. los datos del ALEA en Alvar, 1976: 91-114). En el ALEANR anotamos 32 respuestas para *castellano* por 19 para *aragonés*; en el ALEA, 57 para *andaluz* por 37 para *castellano* (cfr. n. 14, *infra*).

¹¹ Queremos decir que los aragoneses sienten como «aragonesa» (de Aragón), como propia, la lengua castellana o española.

¹² La Franja Oriental de Aragón está representada en el ALEANR por catorce localidades (nueve en Huesca; una en Zaragoza, y cuatro en Teruel). Buesa indica de ella que «aunque sus hablas sean modalidades del catalán o estén fuertemente influidas por esta lengua, ignora el nombre de *atalán*» (1980: 364).

¹³ Vid. Buesa (1980: 364) y también Enguita (1988: 188), con precisiones muy oportunas. Decimos que el fenómeno es frecuente y que está generalizado porque se aplica a variedades que remiten, desde el punto de vista filológico, a los tres dialectos históricos que conviven en la comunidad aragonesa (castellano, aragonés y catalán), y ello, además, en bastantes localidades. Es cierto —lo precisa Enguita— que allí donde se conservan mejor los rasgos lingüísticos autóctonos (para el aragonés), no se dan sentimientos negativos hacia la propia habla; cfr., para más detalles, la n. 15 (vid. también, más adelante, § 4.2).

¹⁴ Véase Alvar (1976: 96-97) para las hablas de Andalucía. En el ALEA son bastante menos numerosas las calificaciones peyorativas: «La conciencia lingüística de los hablantes andaluces manifiesta una fuerte identificación con su dialecto, aunque a veces asomen connotaciones despectivas. Y es que unas hablas como estas, muy diferenciadas de la lengua

Por otra parte, el mapa del ALEANR que comentamos nos sirve también para apreciar que las provincias aragonesas no son uniformes en sus actitudes lingüísticas. Si la preferencia por *aragonés* se halla repartida de modo equilibrado en las tres (aunque en Huesca capital identifiquemos *aragonés* y en Teruel capital, *castellano*), el término *baturro* se concentra de modo claro en la de Zaragoza —ya lo hemos indicado— y es Teruel la que ofrece resultadamente el número más alto de respuestas para *castellano* y la única en la que se recoge *español*¹⁵.

Podemos considerar, pues, a partir de los datos del ALEANR, que en la comunidad aragonesa se da una clara diversidad lingüística: las variedades del primitivo dialecto aragonés aparecen fragmentadas localmente; se tiene conciencia de la peculiaridad —y de la proximidad interna— de las hablas orientales (el *chapurreau*); en muchos puntos, se considera explícitamente propio de la comunidad —con rasgos específicos— al castellano; y, en fin, aun cuando se puede deducir que, en las tres provincias aragonesas, se dan actitudes lingüísticas coincidentes, es verdad también que, en cada una de ellas, se perciben tendencias hacia creencias y actitudes particulares.

2.2. El segundo trabajo al que aludía más arriba es una contribución mía, en la que he presentado los primeros resultados sobre un estudio sociolingüístico del habla de Zaragoza que estoy coordinando desde 1985 (Martín Zorraquino 1991: 190-193). Presento en él algunos datos y reflexiones sobre las creencias y actitudes de los zaragozanos que se han puesto de manifiesto en encuesta directa. En muchos aspectos, no hago sino confirmar los resultados que ofrece Buesa y que ya hemos comentado. El interés de este trabajo no radica, pues, tanto en la novedad de sus conclusiones, cuanto en la aportación directa —explícita— de las opiniones de los hablantes.

La variedad lingüística que utilizan los zaragozanos es, por supuesto, el español o castellano. En cuanto al nombre que ellos le asignan, los datos resultan bastante parecidos a los presentados en el ALEANR: los partidarios de *castellano* se sitúan en torno al 50 %, y los que prefieren *aragonés* o *español* se distribuyen, equilibradamente, en la otra mitad. Tanto el término *castellano* como el de *español* se matizan con adjetivos que apuntan al regionalismo (*castellano*, *español* «con acento aragonés», «maño» o «mañico»; hay que añadir que se tiende a preferir *maño* o *mañico* a *baturro*). Por otra parte, la elección del nombre de la variedad lingüística usada en Zaragoza —*castellano* frente a *español*— no depende de variables como el sexo, la edad o el nivel de instrucción de los interesados sino, más bien, de preferencias de índole política o simplemente afectiva (*vid.* Martín Zorraquino 1991: 190 y 193).

común, sirven para acentuar el sentido dialectal de las gentes que las emplean [...]; el dialecto tiene un prestigio social que difícilmente alcanza en ningún sitio del país; y es que en Andalucía se trata de una conciencia colectiva íntimamente sentida, no activada o motivada por idealismos de clases dirigentes».

¹⁵ Véanse las palabras de Buesa (1980: 363): «Yo, como mis coterráneos de los Pirineos de Jaca, me considero regionalmente aragonés (por lo tanto, siguiendo a nuestro Joaquín Costa, doblemente español) y comarcalmente montañés, altoaragonés o jacetano, pero ni maño, ni baturro». Hay que advertir, por otra parte, que en Teruel no se detectan sentimientos negativos (salvo el que pueda asociarse al término *chapurreau* o al de *baturro*) en relación con el habla local.

En relación con la norma común, las respuestas revelan que los hablantes zaragozanos consideran su forma de expresión lingüística escasamente diferenciada de aquella. Las palabras de los informantes son, en ese sentido, muy reveladoras:

- ¡Hombre, yo hablo castellano! Yo, a lo que hable, le llamo castellano [...]. En Aragón no existe dialecto como región; entonces... eh... yo hablo castellano.
- Hombre, Zaragoza, Zaragoza..., mucho acento no tiene...
- ... hablo español con acento aragonés.
- ... hablo castellano con acento maño.
- Aparte del acento, que, en cada sitio, en cada región, tienen su acento... Pero..., la forma de hablar me parece que no, que no es más distinta (Martín Zorraquino 1991: 190).

La especificidad del habla zaragozana está determinada, unánimemente, por el «acento» —el ritmo acentual y la entonación—. Se trata, pues, de un rasgo suprasegmental. Ni la morfología ni la sintaxis, ni tampoco el léxico ofrecen, para los hablantes, elementos plenamente distintivos del habla de la comunidad¹⁶. El «acento» o «deje» se considera, también, por otra parte, como una marca diferenciadora —un rasgo típico del español de Aragón— desde fuera de la comunidad, aunque se indica que a veces no se asigna exclusivamente a Zaragoza ni a Aragón. La actitud de los hablantes respecto de esta marca es divergente y no depende de las variables sociales analizadas, lo que garantiza la estabilidad del fenómeno, que no queda estigmatizado (a diferencia de otras variantes morfológicas o sintácticas —*me se; te se*, etc.—) en el habla de la ciudad (Martín Zorraquino 1991: 192-193).

En suma, pues, los ciudadanos de Zaragoza se sienten hablantes de castellano o español, con marcas regionales, marcas que apenas diferencian el habla local de la lengua común y que para unos resultan positivas y para otros, «toscas» o «bastas». Al no estar determinados significativamente estos sentimientos por variables como la edad o el nivel de instrucción, el «acento local» no llega a estar estigmatizado, lo que permite prever su estabilidad¹⁷.

3. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA Y DEL USO DEL CASTELLANO EN ARAGÓN

Hemos anotado más arriba la diversidad lingüística que se da en Aragón. Esta diversidad se manifiesta en la convivencia de variedades lingüísticas que proceden de tres dialectos históricos distintos y en la fragmentación en hablas locales que ya hemos mencionado. Por otra parte, también hemos dejado claro que es el castellano o español la variedad más extendida

¹⁶ Los diminutivos en *-ico* se consideran sintomáticos del habla zaragozana, pero también se piensa que se dan en otros puntos del dominio hispánico. En cuanto a los aragonesismos léxicos, es curioso que, en muchas encuestas, los informantes no recuerden ninguno (Martín Zorraquino 1991: 191).

¹⁷ Hemos hecho una encuesta entre los jóvenes zaragozanos intentando comprobar si su adscripción a determinados movimientos juveniles (los *beavies*, por ejemplo) influye en su forma de hablar. Los resultados han sido negativos. Todos han coincidido en manifestar que hablan castellano o español, salpicado de rasgos regionales, sin ningún tipo de creencias ni actitudes desfavorables hacia su variedad lingüística.

en Aragón —de hecho, sabemos que es la hablada por *todos* los aragoneses— y la que recibe denominaciones aragonesas de carácter más general.

Creo que interesa preguntarse sobre el porqué de esa diversidad lingüística y sobre el porqué de la extensión del español o castellano (la lengua común) en Aragón¹⁸. La indagación ha sido ya objeto de estudios muy valiosos y merece todavía más. No voy a intentar en esta exposición abordarla con exhaustividad. He de limitarme a ofrecer algunas observaciones que me parecen especialmente pertinentes sobre la cuestión.

3.1. En las síntesis más recientes de historia de Aragón, los historiadores destacan algo ya sabido: que Aragón «es una lenta creación cultural —y, sobre todo, jurídico-política— que acaece sustancialmente en la Edad Media» (Fatás 1977: 67)¹⁹. Fatás (*ibid.*: 69) precisa: «Saber que cualquier aragonés se siente y es antes *aragonés* que zaragozano, oscense o turolense se explica, por ejemplo, desde nuestro Derecho Foral —y, por lo tanto, desde la Edad Media—. Es también Fatás quien subraya la «profunda, difícilmente eludible, realidad comarcal o comarcana de Aragón» y quien explica el hecho recordando que, en Aragón, «lo étnico nunca ha sido definitorio del colectivo regional o nacional»²⁰. Esa diversidad humana se acompaña —y ello es especialmente revelador para nuestra exposición—, aun desde antes de los orígenes propiamente dichos de Aragón, de una diversidad lingüística:

En Aragón tampoco ha tenido mayor importancia la lengua para definir a la región; el plurilingüismo de estas tierras hasta su castellanización casi total o muy predominante ha sido llamativamente no disgregador. Lo que hasta hace no mucho fue convivencia del euskera, del catalán, de los residuos del romance aragonés y del castellano, en la antigüedad se tradujo en la presencia simultánea del «ibérico», del o de los lenguajes indoeuropeos y célticos, del vasco y del latín, dentro, incluso, de una misma unidad política (de esas a las que llamamos «tribus» a falta de denominación más rigurosa y científica), como seguramente ocurrió con el pueblo sedetano, por poner un ejemplo²¹.

La conciencia de «ser aragonés» se forja, como ha subrayado Lacarra, a lo largo del siglo XIII. Al finalizar el XII, Aragón es un conglomerado de territorios sometidos a la soberanía del Rey: una serie de regiones, con fuerte personalidad, que parecen totalmente insolidarias entre sí²². El único vínculo que une a todas esas gentes es el depender del mismo monarca y

¹⁸ Véase la nueva denominación que la Real Academia Española ha aprobado recientemente para *español*: «Lengua común de España y de muchas naciones de América, hablada también como propia en otras partes del mundo» (*vid.* Rodríguez Adrados 1994: 3).

¹⁹ Véase Canellas (1980: 102): «Aragón, tal como hoy se conoce, nació en la Edad Media». Lo comentan también Sarasa y Sesma Muñoz en las referencias bibliográficas que damos más abajo.

²⁰ *Ibid.* En el mismo lugar, apostilla: «Si algún pueblo español resulta inadecuado para aparecer como soporte para festividad de tan sorprendente onomástica como el “Día de la Raza”, ese es el aragonés».

²¹ *Loc. cit.*: 70. De los puntos de vista de Lacarra (y luego de Sarasa y de Sesma Muñoz) puede deducirse lo mismo: serán la cristiandad y la *naturaleza* lo que determinará la identidad aragonesa (*vid. infra*). Y véase también Frago (1991a: 118 y nn.).

²² *Vid.* Lacarra (1972: 73). El maestro Lacarra distingue, en ese conglomerado: de una parte, los viejos núcleos originarios de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza; de otra, la *Tierra nueva*, rebasada pronto por las grandes ciudades y feraces llanuras del reino de Zaragoza, que se someten por pacto; y, por último, la nueva *extremadura* aragonesa, que se sostiene y

ello irá creando en ellas la conciencia de un lazo superior de unión²³. Para Lacarra, la unión del reino de Aragón con el condado de Barcelona contribuye a desarrollar una conciencia de «ser aragonés» diferenciada de la de «ser catalán». En Aragón se caminará «hacia una mayor uniformidad en la legislación local y de clase, hacia una unidad económica y administrativa dirigida por el rey, en la que Zaragoza hace las veces de capital indiscutida»²⁴. La identidad aragonesa se irá definiendo en función, fundamentalmente, de la «cristiandad» —como constante diferenciadora frente a las minorías étnicas de moros y judíos— y de la «naturaleza» —arraigo en la tierra reconquistada—²⁵. El proceso de búsqueda de las llamadas señas de identidad aragonesa se divide, para Sesma Muñoz (1980: 46), en tres apartados: fijación del territorio o de la concreción geográfica del Reino, unificación de su Derecho y constitución de instituciones privativas²⁶.

Vemos, pues, que la unidad aragonesa no se basa en principios étnicos ni lingüísticos sino, más bien, religiosos, espaciales y jurídico-administrativos. Es más, en todas las síntesis históricas se subraya la diversidad humana en el proceso de la configuración de Aragón: las diferencias entre las gentes de la montaña, del llano y de la extremadura; la convivencia de cristianos, moros y judíos, y, en consecuencia, también la de lenguas diversas, incluso en un mismo núcleo de población.

3.2. El proceso de expansión del castellano en Aragón, desde la Edad Media, plantea numerosos interrogantes. Frago le ha dedicado al tema trabajos ejemplares, en los que ha distinguido lo que son aspectos claros e incontrovertibles —por ejemplo, el carácter no conflictivo de la llamada castellanización de Aragón— de los que resultan más difíciles de esclarecer: la distribución y el peso de la presencia de lo castellano en las etapas de configuración de Aragón; las relaciones, en Aragón, entre las comunidades lingüísticas y entre los individuos, desde un punto de vista sociolingüístico, a lo largo de los siglos XII al XVI; la estratificación sociolingüística de núcleos de población concretos, etc.²⁷.

La presencia del elemento castellano parece clara desde el comienzo de la configuración político-administrativa y cultural de Aragón, sobre todo en la extremadura aragonesa y en la

progresar como una aventura de sus colonizadores (*op. cit.*: 73). Esos territorios se diferencian con arreglo a varios factores: por el paisaje; por la composición del elemento humano; por la estructura económica y social; por la distinta vinculación de sus habitantes a la Corona (*ibid.*).

²³ Lacarra (1970: 74) matiza: «Aun así, cada uno seguirá invocando tercamente su derecho personal, regional o local cuando entre en contienda con otras gentes o cuando ha pasado a residir fuera de su territorio de origen».

²⁴ *Vid.* Lacarra (1972: 80). Sarasa (1977: 96) indica también que, en pleno siglo XIII, «la Corona de Aragón concretaba sus definitivos límites peninsulares separando para siempre los futuros intereses de los tres reinos principales —Aragón, Cataluña y Valencia—, con la evolución progresista del Principado —abriendo nuevos campos de actuación en el mar de Levante— y la postergación de los elementos directores aragoneses por falta de iniciativas y miras comerciales y económicas en consonancia con los tiempos».

²⁵ *Vid.* Lacarra (1972: 83-122) y Sarasa (1977: 95 y ss.).

²⁶ El desarrollo de los tres apartados indicados se produce desde fines del XII al XV y se analiza, en la obra citada, en las pp. 146-150.

²⁷ *Vid.*, al respecto, entre otros trabajos, Frago (1991a y 1991b).

tierra llana²⁸. Y es indudable que la expansión del castellano fue firme y no conflictiva, desde el final de la Edad Media, en Aragón. Lo expone rotundamente Frago (1991a: 107): «Lo diré lapidariamente y sin ambages: en la expansión del castellano a lo largo y a lo ancho de Aragón no hubo coerción de ninguna clase, ni externa ni delegada». Los motivos para la castellanización de la comunidad aragonesa fueron, en algunos casos, «de obvia concreción» y en otros, «de más difícil determinación» pero, de cualquier modo, como indica Frago, pueden invocarse los siguientes: la misma geografía; las incidencias de la reconquista y la repoblación de Aragón; el factor de diversificación que, sin duda, supusieron las hablas mozárabes; en definitiva, la falta de uniformidad suficiente del aragonés, como dialecto histórico específico (Frago 1991a: 107 y 116-120). Las incidencias de la reconquista y la repoblación de Aragón, explicadas y sintetizadas por Lacarra —ya lo hemos indicado más arriba (§ 3.1)—, le permiten a Frago esbozar algunas conclusiones en el campo lingüístico: en primer lugar, las circunstancias históricas mencionadas abonaron la afloración y desarrollo de toda clase de particularismos; además, determinaron una orientación peculiar para el papel unificador, en el dominio lingüístico, de Zaragoza:

Por las aparentes paradojas que a veces la historia tiene, Zaragoza estaba dando ya los primeros pasos, libres de promulgamiento de cualquier dictado jurídico, en el camino de la efectiva unificación lingüística de los aragoneses, pero no hacia la uniformación de lo patrimonial, sino en pos del acercamiento al por entonces ya extensísimo dominio castellano, que debía hallarse incluso introducido en comarcas de lo que había sido la nueva «extremadura» aragonesa (*loc. cit.*: 118).

La falta de uniformidad del dialecto aragonés no favoreció, por otra parte, su empleo literario. Lo que constituye, para Frago, un motivo más —nada despreciable, por cierto— para la aceptación del castellano «por las minorías cultas, que leyeron literatura en catalán, en provenzal, en francés y, sobre todo, en el romance de Castilla, pero no en el de su región, del que apenas se sirvieron con fines artísticos, si dejamos a un lado los textos cancillerescos e historiográficos»²⁹. La preferencia por el castellano como lengua propia, en definitiva, por parte de la comunidad aragonesa, y su empleo en la escritura no van en detrimento de una «identidad aragonesa», antes bien contribuyen a la especificidad de la cultura de Aragón —del «ser aragonés»—. Ese «ser aragonés» no se construye, en consecuencia, y de acuerdo con lo que parecen decirnos los historiadores, en correlación con un «sistema lingüístico» exclusivista, sino que se hace —haciendo lengua— a partir de la actualización particular de una variedad supralocal; actualización que se manifiesta en preferencias de contenido, en rasgos de estilo, en propiedades, en cierto modo, «diafásicas» —de enfoque de la comunicación y de los factores que en ella se integran—. Al mismo tiempo será constitutiva del «ser aragonés» la convivencia pacífica, en el seno de Aragón, de diversas variedades lingüísticas, que remiten a los tres dialectos históricos mencionados. A Alvar (1976: 91-128) le debemos páginas muy penetrantes —y muy hermosas— sobre las propiedades características de la

²⁸ Cfr. *supra*, § 3.1 y sus notas; y *vid.* también Frago (1991a: 118 y nn.).

²⁹ Frago (1991a: 119-120), donde señala que coincide, en sus apreciaciones, con Manuel Alvar y Aurora Egido.

personalidad aragonesa a través de los textos literarios escritos por aragoneses. Destaca: el carácter moral, la ponderación, la agudeza de conceptos, el recato, el didactismo, la preferencia por la historia y el derecho, el buen gusto y la actitud hacia la universalidad, por encima del localismo. Este último aspecto merece especial atención. De hecho, Alvar subraya la pobreza de la literatura «regionalista» en Aragón: «Hace años estudié los dialectismos en la poesía española: nuestro cuadro regional no puede ser más pobre. Pero para mí, la tal pobreza —afortunadamente— es amplitud y grandeza: copleros y baturristas nada cuentan en nuestra cultura; sí, Gracián, que hizo a Schopenhauer aprender español; sí, los Argensola; sí, Luzán» (*ibid.*: 219-220). Aunque el «regionalismo» literario —y el ideológico— se presentan, en el dominio aragonés, como un fenómeno algo más complejo (*vid.* más adelante), el hecho es que Alvar tiene sustancialmente razón: el dialecto aragonés, uno de los grandes dialectos peninsulares, ha sido incapaz de crear una literatura de valor trascendente (*op. cit.*: 219). Será el castellano —la lengua común sentida como propia por los aragoneses desde la Edad Media— la forma de expresión que les servirá para manifestarse, por escrito, ante el mundo³⁰.

4. MÁS OBSERVACIONES SOBRE LAS ACTITUDES ANTE EL CASTELLANO DE ARAGÓN

4.1. Los aragoneses han manifestado lo que hoy denominaríamos «creencias» sobre el habla de Aragón y han hecho valoraciones diversas sobre la misma desde, por lo menos, el siglo XVI. Mi maestro, Félix Monge, ha trazado una espléndida síntesis de las «actitudes lingüísticas» que pueden considerarse más relevantes desde entonces hasta el presente, en un artículo ya clásico³¹. Monge distingue, fundamentalmente, dos grandes líneas: a) las reacciones de los aragoneses respecto de las posibles relaciones entre el habla de Aragón y el castellano general (aquí pueden identificarse varios *topica* que se modulan a lo largo del tiempo); b) las reacciones de los aragoneses ante el supuesto origen «lemosín» del habla de Aragón (para este último aspecto, véase, *infra*, § 6, n. 53).

4.2. En el siglo XVI es indudable que el castellano es la lengua más hablada en Aragón. Al mismo tiempo, se trata también de una variedad lingüística que contiene peculiaridades, sobre todo, al parecer, en el léxico. Los testimonios de Juan de Valdés, en el *Diálogo de la Lengua*, y del anónimo autor de la *Gramática* de Lovaina, son convincentes al respecto. Indica el segundo que la lengua vulgar de España «se habla i entiende en toda ella generalmente, i en particular, tiene su asiento en los reinos de Aragón, Murcia, Andalucía, Castilla la nueva

³⁰ Véanse las palabras de Salvador en su trabajo «Política lingüística» (1992): «Se convirtió en español el castellano no eliminando variedades dialectales, sino asimilándolas y amalgamándolas, ni imponiéndose coactivamente a los hablantes de otras lenguas, sino siendo elegido, sin reservas, por ellos, para la expresión literaria, para el intercambio cultural» (*op. cit.*: 84). El autor remite al libro de López García (1985), donde se pone de relieve el carácter de necesaria coíné española que adquirió el castellano (*vid.* mi reseña al libro de López García en *Andalán*, 15.10.1985: 32 y ss.).

³¹ *Vid.* Monge (1951: 93): «Pretendemos dar en este trabajo una idea de cómo ha ido considerándose a través del tiempo el habla de Aragón». Puede consultarse, asimismo, un artículo de mi discípulo Aliaga (1994: 21-41), donde se aportan nuevos datos para el tema. Ya Monge advierte de la dificultad de su empresa por la escasez de fuentes: «Como se verá, habremos de entresacar a menudo nuestras noticias de alusiones incidentales en obras cuya materia es ajena a cualquier problema lingüístico» (*op. cit.*: 93).

y vieja, León y Portugal»³². Juan de Valdés dirá: «Cada provincia tiene sus vocablos propios y unas maneras propias de decir, y es assí que el aragonés tiene unos vocablos propios y unas maneras propias de decir y el andaluz tiene otras»³³.

En el siglo XVI, los aragoneses tratan de responder, precisamente, a las acusaciones de que las peculiaridades de su habla resultan toscas y groseras. Ya desde el Renacimiento existe, pues, la creencia, sobre todo fuera de Aragón, de que el habla aragonesa es poco refinada o basta en relación con el castellano común. Monge recoge numerosos testimonios sobre el particular. Destaca especialmente la defensa de Bernardino Gómez Miedes (incluida en su libro sobre la historia de Jaime I el Conquistador, impreso en Valencia en 1584). Este autor precisa que no «se admite por verdadero lo que algunos pretenden, que los aragoneses hablan castellano grosero y bastardo y que tienen los mismos vocablos que en Castilla, sino que no los componen en buen estilo» (Monge 1951: 111). El fundamento de la defensa de Gómez Miedes se asentará en que castellano y aragonés tienen origen y principio en la lengua latina y son ambas «de un vientre y no de un tempore»³⁴. La argumentación tiene su marco en el tópico general en el siglo XVI de que cuanto más próxima sea una lengua a la latina tanto mayor es su mérito (*ibid.*: 110).

Pero en el siglo XVII, las creencias y actitudes habrán cambiado: Blasco de Lanuza, por ejemplo, reconocerá que hay una clara vinculación entre las hablas de las principales ciudades españolas. Y poco a poco —el hecho adquirirá relevancia a partir de la creación de la Real Academia Española— se tenderá hacia un ideal de lengua: la norma consagrada de la lengua común. Este cambio de actitudes descansará en un giro en las creencias lingüísticas (al menos, de algunos eruditos). De la postura de Gómez Miedes, que parecía distinguir dos lenguas —el castellano general y el habla de Aragón—, se pasa a la de Blasco de Lanuza (en el XVII) o a la de Sanz de Larrea (en el XVIII), para quien es incontrastable «la cultura de la lengua castellana en Aragón, la qual fue siempre enriqueciéndose y mejorándose al paso que florecían las ciencias y las artes» (Monge 1951: 114).

Como señala Monge (*ibid.*: 114), han pasado dos siglos de centralismo entre Gómez Miedes y Sanz de Larrea; se ha ido esfumando el recuerdo de Aragón como entidad independiente (o dotado de cierta independencia durante casi todo el siglo XVI) y lo que se pretende en el XVIII es «hacer notar la participación que tuvo Aragón en la génesis de la lengua y la casi identidad que existe entre aragonés y castellano, para concluir que ambas son una misma lengua». Peralta y Borao (en el siglo XIX), autores de sendos diccionarios de voces aragonesas, crearán también en la identidad sustancial entre el habla de Aragón y

³² Vid. Monge (*op. cit.*: 113, n. 2). Monge advierte en ese lugar que «la sorprendente inclusión de Portugal en el ámbito lingüístico castellano» la intenta justificar el anónimo autor de la *Gramática* de Lovaina más adelante.

³³ Vid. Monge (*ibid.*). Desde hace unos años Enguita, y con él, Arnal (1992, 1993, 1994, 1996a, 1996b) se ocupan de estudiar la presencia de los aragonesismos en textos aragoneses de los siglos XVI y XVII (incluso XVIII).

³⁴ Vid. Monge (1951: 111-112). El referido a que apunta *aragonés* no puede ser el «sistema», o mejor, el «diasistema» del dialecto histórico «aragonés». Vid. para este aspecto, el trabajo ya citado de Aliaga Jiménez; y *vid.* también *infra*, § 5.2.

el castellano³⁵. Por ello mismo, a partir de Peralta, tanto en el siglo XIX como en el XX, al defender la dignidad del castellano de Aragón, se propondrá la incorporación de las voces de Aragón al diccionario general de la lengua que elabora la Real Academia Española. (Como es sabido, el *Diccionario* académico acoge las voces regionales, provinciales o locales desde la edición del *Diccionario de Autoridades*.)

Desde el siglo XVII se va afianzando, pues, la idea —traduciríamos hoy— de que el español se manifiesta en Aragón, al menos en los grandes núcleos de población, y, desde luego, en los textos científicos y literarios, de acuerdo con lo que podría llamarse —insistimos: hoy— la norma común. Ahora bien, la forma de hablar «rústica» se convertirá en Aragón, con todo, en el vehículo expresivo de un tipo aragonés que se afianzará a partir del siglo XVII³⁶. Este tipo caricaturizará —en palabras de Alvar 1977: 127— a los aragoneses, dando lugar al *baturro*, grotesco, «zaño, desconfiado y brutal». No será, sin embargo, una figura despreciada por los aragoneses, antes bien habrá quienes gusten de su propia caricatura y la cultiven (*ibid.*). De hecho, alimentará cierta clase de literatura («infraliteratura», con palabras de Alvar) a partir del siglo XIX. De forma que el tópico literario aragonés se identificará con lo baturro, como personificación de Aragón, a pesar de toda su larga historia y de su significación cultural. Ese baturro será:

un rústico labriego de fuerza vigorosa, recio pecho, voz bien templada, cachirulo en la cabeza y manos bien metidas en el ancha faja (*sic*) [...]; sentencioso [...], lleno de buen sentido en algunas ocasiones; jaquetón en otras, con escalofriante majeza desdeñosos de todo riesgo o amenaza; socarrón [...]; dispuesto en cualquier instante a pelear, y con el corazón rebosante de humilde amor por una moza, y de profunda, llana, sencilla fe en una Virgen, habitualmente la del sagrado Pilar de Zaragoza (Horno Liria 1957: 84).

Ese tipo, cuya presencia tópica favorecerán, sin duda, los acontecimientos de la Guerra de la Independencia en Zaragoza, será transmitido luego por Galdós, entre otros escritores no aragoneses³⁷. Será, sobre todo, difundido, dentro de Aragón, por el regionalismo litera-

³⁵ Véase Monge (1951: 115-118). Borao, en el prólogo a su *Diccionario*, matizará sobre las diferencias entre aragonés y castellano: «El roce con los árabes, las reminiscencias de la época provenzal y el carácter particular del país, unido al espíritu fuertemente provincial que todavía se deja sentir en algunas zonas de España, han conservado un cierto carácter al dialecto aragonés (si así puede llamarse) que es el que le diferencia, aunque en poco, del habla castellana» (*apud* Monge, *ibid.*: 115). No puede pretenderse que los puntos de vista de los eruditos reseñados sean los de los lingüistas del siglo XX. Borao parece referirse al habla general de Aragón en la que perviven aragonesismos léxicos; no apunta a las variedades que actualizan el «sistema» o «diasistema» del dialecto histórico «aragonés». En 1836, en el prólogo de su *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano*, Peralta insiste también en que castellano y aragonés son una misma y sola lengua, pero deja entrever (lo señala Monge, *ibid.*) que no se habla igual en el Somontano que en Zaragoza.

³⁶ En el siglo XVII se da la máxima popularidad de la Virgen del Pilar (*vid.* Lacarra 1972: 218). El maestro medievalista cita el 25 de julio de 1649 como fecha en la que el rey Felipe IV visita Zaragoza y, en primer lugar, va en procesión a Nuestra Señora del Pilar. Nace de entonces, según Lacarra, el concepto que se tiene de los aragoneses como testarudos y cuerdos, acogedores, buenos y leales vasallos.

³⁷ Para Horno Liria (1957: 85) se trata de un cliché del siglo XIX que arranca, aunque no está seguro, de 1808 (los *Sitios de Zaragoza*). El tipo surge asociado probablemente a la devoción pilarista y a la marcha de Zaragoza de las minorías dirigentes a lo largo del XVIII (cfr. Lacarra 1972: n. 46), pero se verá impulsado, dentro y fuera de Aragón, por las circunstancias de la contienda contra Napoleón.

rio, particularmente a fines del siglo XIX y principios del XX, cuando versificadores como Alberto Casañal y Sixto Celorrio «hicieron baturrismo en verso, el primero con la invención del “romance” baturro plagado de dialectismos y gracia gruesa, y el segundo con una producción casi exclusiva de jotas»³⁸. El género llevó consigo «la complacencia en un estereotipo harto lamentable del carácter aragonés y, en buena parte, la conversión de la copla regional, la jota, en avulgarada expresión de “pilarismo”, rudeza hombruna, misoginia y matonería»³⁹. Abonaron esa orientación literaria narradores como García Arista, Mariano Baselga y otros, con un poco más de fortuna, para Mainer, que los versificadores antes citados.

Todos ellos contrastan, para el autor, no obstante, con el espíritu de Braulio Foz o de Jerónimo Borao, representantes de una proyección literaria del aragonés en el período romántico. Borao, apenas en la mitad del XIX, defendía la creación de «una poesía nuestra, pero poesía filosófica, social y de sentimiento; poesía que, sacrificándolo todo a las ideas [...], eleve el alma»⁴⁰.

El *baturro* —como tópico literario, al que se asocia una forma de hablar que es, en el fondo, una caricatura del castellano vulgar de Aragón— no se corresponde tampoco con las creaciones literarias en habla chesa de Domingo Miral o —más tarde— de Veremundo Méndez Coarasa, representativas de una literatura que trata de reflejar una variedad lingüística que apunta a otro dialecto histórico de Aragón: el aragonés (Mainer 1977: 337). El *baturrismo* coincide, en su expresión más llamativa (entre 1890 y 1910, según Mainer), con los límites cronológicos del *modernismo* hispánico, con el que entró, a menudo, en conflicto, y fue el producto, mayoritariamente:

de los retoños de la burguesía dominante —algo tirados a la bohemia en algún caso juvenil [...]—: abogados en ejercicio, médicos acreditados, profesores de Instituto y Universidad, hasta financieros de nota, que dedicaron sus ocios a versificar baturradas, componer cuentos folklóricos o recoger en crónicas sus complacientes observaciones de la *belle époque* zaragozana⁴¹.

³⁸ Vid. Mainer (1977: 336-340, que versan sobre el *regionalismo literario*, y p. 347, donde aparece la referencia incluida en el presente texto). Para algunas particularidades del habla de las jotas aragonesas, vid. Enguita Utrilla (1986: 1241-1258).

³⁹ Mainer (*ibid.*). Véase la denuncia de Alvar (1977: 127), ya citada en § 4.2. También Horno Liria (1957: 85-87), por boca de D. Vicente de La Fuente, se queja de la identificación que se ha hecho en nuestra tierra del tipo aragonés con el «baturro», a través de una trayectoria «que pasa por Eusebio Blasco, las jotas y lances de *Gigantes y Cabezudos*, los cuentos de Tomás Gascón, las coplas y relatos de Alberto Casañal, de D. Gregorio García-Arista, entre mil otros» (*loc. cit.*: 86). (Esta trayectoria podría llegar, en nuestros días, hasta las películas de F. Martínez Soria o los chistes de Marianico «el Corto».) Horno Liria lamenta, sobre todo, lo incompleto del tipo *baturro* para caracterizar a Aragón: «Ahí está el campo aragonés, pero no la ciudad y, desde luego, no, la historia aragonesa»; insiste, sobre todo, en el gran pecado que supone el tópico aragonés al uso: en su a-historicismo (*loc. cit.*: 87). (Por nuestra parte, quisiéramos subrayar que, en el *baturro*, tampoco está *todo* el campo aragonés: § 2.1 del presente trabajo.)

⁴⁰ Vid. Mainer (1989: 55). El texto está incluido en el capítulo segundo del libro citado: «Del romanticismo en Aragón: *La Aurora* (1839-1841)», y corresponde a Jerónimo Borao, en un artículo —«Literatura. Poesía»— publicado en la revista *La Aurora*, en la que también colaboró Braulio Foz (núm. 28, 8-XI-1840).

⁴¹ Vid. Mainer (1977: 336). En el mismo lugar el autor advierte que el caudal regionalista está abastecido por dos fuentes literarias, la inextinguida tradición de «lo pintoresco» (creada por el costumbrismo romántico y postromántico),

Contra el *baturrismo* se han alzado aragoneses de distinto signo político, durante el siglo XX, los cuales, por cierto, han usado el español —o el castellano— para oponerse al tópico y para expresar su identidad aragonesa⁴².

La conciencia sobre las peculiaridades del castellano de Aragón constituye, pues, un complejo entramado de creencias y sentimientos desde el siglo XVI hasta hoy. Hemos intentado sintetizar algunas manifestaciones relevantes. No quisiéramos terminar el presente apartado sin recordar que lo *baturro* no siempre se asocia con creencias o sentimientos despectivos. Basta con recordar que algunos informantes zaragozanos (*supra*, § 2.2) asocian lo «maño» —y tal vez lo «baturro»— con lo propio, en el sentido más sencillo de la palabra: la tierra donde se ha nacido⁴³. Y conviene recordar también que en el propio tópico del *baturro* (cfr. *supra* las palabras de Horno Liria) se entremezclan valoraciones de signo positivo y de signo negativo, lo cual es, por otra parte, frecuente en las creencias y actitudes que se desarrollan a partir de un determinado objeto.

5. ACTITUDES RECIENTES ANTE LAS HABLAS ARAGONESAS

5.1. Hemos indicado ya que existen en Aragón variedades lingüísticas que apuntan o remiten a tres dialectos históricos del latín (aragonés, castellano y catalán). También hemos señalado que las hablas derivadas del llamado dialecto aragonés se encuentran fragmentadas en diversas hablas locales. Pues bien, después de la muerte del general Franco, tras las primeras elecciones generales para Cortes Constituyentes (15 de junio 1977) y con la promulgación de la Constitución Española de 1978 (28 de diciembre de 1978), se configura en España el Estado de las Autonomías. Ya a partir de 1977 y como continuación de actitudes manifestadas en los últimos años del franquismo, se asiste en nuestro país a un resurgimiento generalizado de las llamadas «conciencias nacionales». En Aragón este resurgimiento se produce, según indican algunos, «superando los tópicos, la invertebración interior (producto de una caprichosa división provincial y una hipertrofia de la capital

.....
y la adaptación edulcorada de los principios de la novela naturalista. A todo ello le confirió actualidad el pleito político de la defensa de los intereses regionales y la necesidad de actualizar el sistema caciquil y vincularlo más activamente a las circunstancias económicas.

⁴² Un buen ejemplo es Ramón Acín, quien en 1928 —centenario de la muerte de Goya— escribía: «Aragón termina en el Partido Aragonés del Conde de Aranda y compañía. De entonces acá, no queda más que el nombre; Aragón suena bien. Después del Partido Aragonés, se inventan la jota y la Pilarica, y no se salvan más que un Goya, un Costa que se queman vivos en su propio fuero ante la frialdad de los demás» (en Mainer 1989: 168). Mainer advierte en relación con estas frases de Acín que «no todo es retórica del pasado» y recuerda que «por convicción, Acín sabe que la redención regional es obra de cultura y de razón y ahí retoña con vigor su progresismo primigenio, su fe en las luces» (*ibid.*). Aunque podrían recordarse muchos más casos, remitimos a los ya citados: Alvar, Horno Liria, Mainer. Vale la pena recordar también el caso de R. J. Sender, que cambió el título de *Mosén Millán* por el de *Réquiem por un campesino español* para su novela (Alvar 1976: 17).

⁴³ Téngase en cuenta que el término *baturro* se concentra, para designar al habla local, en la provincia de Zaragoza. Y véase también el comentario de Buesa (n. 15, *supra*).

regional), la incomunicación entre sus gentes y sus comarcas, la desertización provocada por la emigración masiva»⁴⁴.

El hecho es que, como un elemento significativo de lo que Fernández Clemente llama «una nueva respuesta generacional», algunos grupos sociales defienden la presencia de las hablas aragonesas como identificadoras del habla de Aragón, y, sobre todo, la necesidad de unificarlas, de *normalizarlas*, en una lengua común, un aragonés o lengua aragonesa, que se denomina también *fabla*, para la que incluso se elabora una gramática⁴⁵.

Se pueden sintetizar los puntos de vista —las actitudes— de esos defensores (*Consello d'a Fabla Aragonesa; Ligallo de Fablans de l'Aragónés*) a partir de una contribución de Nagore Laín, en la que podemos apreciar los siguientes aspectos: a) la lengua aragonesa (o *fabla* aragonesa, pues *fabla*, en aragonés significa 'lengua', 'idioma') no es un «invento ficticio», sino una lengua románica que se habla en el Alto Aragón desde hace unos diez siglos y que hoy se ha empezado a escribir, cultivar y estudiar; esta lengua aragonesa se manifiesta en diferentes realizaciones locales o comarcales (que se suelen denominar dialectos o modalidades del aragonés); b) el «aragonés común» es una variedad interdialectal —producto de la *normalización* señalada, preciso yo— que se está desarrollando principalmente, en la literatura, como variante central o eje alrededor del cual se articulan los dialectos locales o comarcales; c) «lo que ocurre, sencillamente, es que una comunidad ha comenzado a concienciarse por fin y a tomar sobre sus hombros la dura tarea de defensa, cultivo y normalización de su lengua, porque ve que [...] esa es la única solución para su supervivencia»⁴⁶.

A todo ello habría que añadir que los defensores de la *fabla* lo son también de una normalización —ya existente en este caso— de las hablas catalanas de la Franja Oriental, así como de una defensa de la enseñanza del catalán y del aragonés, sobre todo en las zonas donde cada uno se usa, y de su cooficialidad en Aragón, al menos en los lugares en que se emplean.

5.2. Las propuestas de los sectores «fablistas» han provocado reacciones diversas. Ha habido actitudes de simpatía, sobre todo entre los grupos jóvenes de la población aragonesa —no tengo datos sobre su extensión—, que se han matriculado en clases de *fabla*, por ejemplo, en varias instituciones públicas y privadas. También se ha producido un apoyo, más o menos abierto, por parte de los distintos Gobiernos Autónomos de Aragón⁴⁷.

Las respuestas de los filólogos y particularmente, de los filólogos aragoneses han sido, en cambio, críticas. No puede ser de otra manera.

⁴⁴ Vid. Fernández Clemente (1977: 11-14; la cita procede de la p. 12). El texto de Fernández Clemente sirve de presentación al libro *Los aragoneses* y coincide con los planteamientos generales de los autores, muchos de ellos incorporados a la redacción de *Andalán* desde años antes.

⁴⁵ Vid. Conte *et al.* (1977), Nagore Laín y Cortés (1977: 273-295) y Nagore Laín (1979).

⁴⁶ Vid. Nagore Laín (1985: 3). El texto de Nagore se halla comentado también en un estupendo artículo de mi maestro (Monge 1989: 275-283).

⁴⁷ Vid. especialmente Bada (1990), trabajo del que nos ocuparemos más adelante.

Conviene distinguir varios aspectos en el conjunto de creencias —postulaciones, más bien— y de actitudes que se perciben en los defensores de la *fabla*. En primer lugar, resulta insostenible defender la existencia de una lengua aragonesa que se remonte a hace diez siglos y que presente las características que le imputan sus defensores. Como indica Monge, «tal lengua aragonesa no existe ni ha existido antes. La así llamada es una creación artificial y reciente (en los últimos años del franquismo) y consiste en reunir palabras y formas de las distintas hablas del Pirineo aragonés hasta constituir el llamado «aragonés común» o «aragonés unificado» (Monge 1989: 275). De hecho, Buesa (1985: XII) llama a la tal lengua «especie de esperanto que reúna las numerosas variedades de hablas vivas altoaragonesas»⁴⁸. Y varias autoridades filológicas han aclarado el estatuto de las hablas altoaragonesas actuales ajustando los hechos a la realidad histórica. Así, Alvar declaraba en 1986: «En Aragón la unidad lingüística nunca ha existido». E insistía: «Las modalidades lingüísticas pirenaicas nunca han tenido unidad, ni su difusión ha dejado de ser harto limitada. Protegerlas y estudiarlas no es crear con ellas una jerga falsa e inútil»⁴⁹. Ya en 1980, Buesa había puntualizado: «Puede trazarse un diasistema de las hablas “aragonesas”, pero no un sistema del aragonés, porque este —insisto— ni ha existido ni existe, aunque por comodidad continuemos usando el término *aragonés* al tratar de nuestro dialecto»⁵⁰. Más recientemente Enguita (1988: 189) se ha referido a la realidad lingüística altoaragonesa en los siguientes términos: «La realidad sociolingüística actual confirma los datos que hace veinte años se recogieron para el ALEANR». Y, precisando sobre creencias y actitudes de los propios hablantes, transcribe: «Me parece muy bien —declaraba M.^a Luz Méndez en 1982— que se cultiven las hablas de cada valle, pero cada una en su sitio. Es cierto que parten de una misma raíz, pero luego han desarrollado peculiaridades muy distintas».

En cuanto, a la *normalización* del aragonés en un «aragonés común» interdialectal, hay que aclarar, en primer término, que tal variedad no es sentida como propia por los hablantes; no es el resultado de la selección de una de las modalidades aragonesas más habladas, por ejemplo, y, por ello, no puede equipararse, en absoluto, al caso del catalán, como puntualiza oportunamente Frago (1978: 309)⁵¹. El testimonio de los hablantes, recogido oportunamente por Enguita (1988: 189), es también revelador: «En Mediano lo utilizamos entre amigos, aunque siempre es un belsetán castellanizado, y en mi casa casi se habla castellano. A mis padres les leo poemas en aragonés común y no lo entienden. Estas cosas se conservan puras o no sirven para nada».

¿Puede justificarse la *normalización* propuesta por los *fablistas*, a pesar de las inexactitudes históricas en que se asienta y a pesar de que no existen —a no ser ellos mismos— hablantes de la variedad que han creado? Monge considera la idea «sin duda, simpática pero (dejando

⁴⁸ Recoge también este texto Monge (1989: 275, n. 2).

⁴⁹ *Vid.* Alvar (1986: 136). Recogido también en Monge (1989: 276).

⁵⁰ *Vid.* Buesa (1980: 359). Recogido también en Monge (1989: 277).

⁵¹ «No es comparable la situación de las hablas aragonesas con la que presentan las variedades catalanas. En catalán hay tradición literaria y base lingüística, cosas que aquí nos faltan». Recogido también en Monge (1989: 277).

aparte errores o ligerezas de sus defensores) también utópica» (1989: 276). Lo explica más adelante: «Al ser esa “lengua” resultado de la mezcla de variedades heterogéneas y carecer de base demográfica, al ser, sobre todo, un invento, su futuro no parece posible. Por ello mismo, son absurdas las exigencias de enseñanza y cooficialidad» (*ibid.*: 282).

No hay justificación tampoco para abanderar, en la España democrática, una oposición a la «España, una», que consista en la reivindicación de una lengua propia aragonesa que no existe⁵².

Finalmente, debe precisarse que el caso de las hablas altoaragonesas no puede considerarse análogo al de las hablas de la Franja Oriental aragonesa, como ya se ha indicado: en la Franja, el número de usuarios es incomparablemente mayor y, sobre todo, las hablas orientales se sitúan en el ámbito y con el respaldo de una lengua de existencia secular, el catalán (Monge 1989: 282, n. 13).

6. BREVES CONSIDERACIONES FINALES: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA FRANJA ORIENTAL DE ARAGÓN

Lamento no disponer de más tiempo en mi exposición para ocuparme, con el detalle que merecen, de las actitudes de los aragoneses en relación con las hablas orientales de Aragón⁵³. He de decir aquí que varios meses después de haberse celebrado el *Curso* en el que se incluyó esta contribución, el Departamento de Lingüística General e Hispánica recibió el encargo de la Dirección General del Patrimonio Cultural de la Diputación General de Aragón, en el Gobierno presidido por D. Emilio Eiroa, de llevar a cabo un estudio sociolingüístico en la zona mencionada. Después de algunas incidencias, a partir de diciembre de 1993 se ha ratificado dicho encargo (M.^a Rosa Fort, M.^a Luisa Arnal, Javier Giralt Latorre y yo misma estamos realizando el trabajo, que se encuentra ya avanzado). Espero, por tanto, que en un futuro próximo se podrá abordar este tema en condiciones ajustadas a la realidad actual. Me comprometo a hacerlo, así como a precisar, con más extensión, mis puntos de vista respecto de una publicación —el libro de Bada ya citado— de la que me ocuparé algo aquí⁵⁴.

En primer lugar, quisiera subrayar, a propósito de las controversias suscitadas en los últimos quince años sobre la situación lingüística en Aragón, que los filólogos aragoneses han distinguido, en muchas ocasiones, y siempre con claridad, la situación de las hablas altoaragonesas de la de las hablas orientales de Aragón. He recordado las palabras Frago y las de

⁵² Vid. Monge (1989: 282 y n. 14, nota en la que remite a sendos textos, muy oportunos, de G. Salvador y de A. Badía).

⁵³ La vinculación del habla de Aragón con el catalán fue señalada por Mayáns en el siglo XVIII (el *lemosín*), lo que provocó una reacción unánime —en contra— y con abundantes manifestaciones, en el campo aragonés. Vid. Monge (1951: 94 y 99-101, con sus nn. correspondientes).

⁵⁴ La investigación sociolingüística aludida en este párrafo se materializó en varias publicaciones posteriores. De ellas, la más extensa fue la firmada por M.^a Antonia Martín Zorraquino, M.^a Rosa Fort Cañellas, M.^a Luisa Arnal Purroy y Javier Giralt Latorre con el título de *Estudio sociolingüístico de la Franja Oriental de Aragón* (2 vols., Zaragoza, Universidad de Zaragoza-Gobierno de Aragón, 1995). Nota de los editores.

Monge. Podría aducir ahora las de López García, quien, en *El rumor de los desarraigados*, admite que Aragón sea bilingüe pero no trilingüe⁵⁵. También Enguita (1988: 189) diferencia claramente entre las hablas dialectales propiamente aragonesas, «para las que no se reconoce oficialmente una norma común», y las modalidades de la Franja Oriental: «El catalán como norma reconocida existe y, además, es cooficial con el castellano en la vecina Comunidad Autónoma».

Ha habido, pues, diversas manifestaciones públicas de los profesores aragoneses sobre el estatuto de las modalidades orientales de Aragón. ¿Por qué, entonces, se nos acusa de permanecer en silencio o de desconocer la presencia del catalán, como dialecto histórico, en esa zona, según hace Bada en su libro citado (1990: cap. 9)?⁵⁶.

En relación con la enseñanza del catalán —hay que decirlo una vez más, porque parece que no se sabe en ninguna parte—, desde octubre de 1985 se imparte *Lengua catalana* en el Segundo Ciclo de la Sección de Filología Hispánica de la Universidad de Zaragoza, como asignatura optativa. Existe en nuestro Departamento de Lingüística General e Hispánica, en dicha Universidad, el área de Filología Catalana, a la que se siguen asignando varias asignaturas en los nuevos Planes de Estudio, pendientes de aprobación. Y, en fin, hay una línea de investigación abierta en nuestro Departamento que, tanto desde una perspectiva sincrónica como desde un planteamiento histórico, tiene por objeto el estudio de la situación lingüística en la Franja Oriental aragonesa. ¿Por qué se silencia esto cuando se habla, en tono desfavorable, de las actividades de la Universidad de Zaragoza en relación con el catalán, en el libro citado de Bada?

Más concretamente, respecto de la política lingüística de la Diputación General de Aragón en relación con la enseñanza del catalán en las localidades de la Franja Oriental, Enguita (1988: 189-190) ha escrito públicamente:

El catalán como norma reconocida existe y, además, es cooficial con el castellano en la vecina Comunidad Autónoma; por otro lado, circunstancias socio-económicas diversas hacen aflorar, en algunos usuarios, el deseo de poseer la lengua en la manera más perfecta posible. Bien está, porque a los propios hablantes corresponde decidir sobre sus medios de expresión. Por el mismo motivo, parece adecuada la política lingüística del gobierno autónomo aragonés cuando ha decidido promover la enseñanza del catalán como asignatura voluntaria, atendiendo siempre a las peculiaridades locales.

⁵⁵ Véase también Monge (*art. cit.*: 282, n. 13).

⁵⁶ Quiero manifestar mi disgusto —por lo que tiene de injusta esa apreciación— ante la falta de equilibrio con que se tratan algunos temas en ese libro, por otra parte, muy interesante y al que —insisto— prometo atención exclusiva en breve. ¿Por qué se me cita, por ejemplo, como ausente en el *Encuentro sobre problemas de bilingüismo en España*, celebrado los días 9 y 10 de mayo de 1981 en Zaragoza (*op. cit.*: 36, n. 26) y, en cambio, no se me menciona entre los «dos o tres professors de la Universitat» (*ibid.*: 101, n. 93) que asistimos, en junio de 1985, a un *Simposio sobre las variedades lingüísticas altoaragonesas* en Huesca, que dio lugar a conclusiones entre el *Consello d'a Fabla Aragonesa* y los profesores de la Universidad de Zaragoza —unas, conjuntas, y otras, divergentes—, que aparecen publicadas, por ejemplo, en el artículo citado de Monge (1989: 280-281, n. 12), y de las que no se transcribe ni una línea en el libro de Bada?

No hay rechazo del catalán, por supuesto, ni de su enseñanza en Aragón. Otra cosa es que pueda darse por buena —por ajustada a la realidad— la descripción sociolingüística que se hace de la llamada Franja Oriental de Aragón (concretamente en la obra citada). Aquí conviene aplicar la cautela que impone la falta de datos sociolingüísticos precisos —lo más exhaustivos posible— sobre dicha zona. En todo caso, quiero recordar, para concluir, que no toda situación diglósica —lo sabemos desde que Ferguson (1959: 325-340) publicó su clásico artículo sobre la diglosia— es necesariamente conflictiva, antes bien, puede representar algo asumido y querido por los miembros de una comunidad para reflejar su propia identidad de hablantes —de personas—. Estas palabras no implican un pronunciamiento sobre la situación sociolingüística de la Franja Oriental aragonesa —me faltan datos, insisto, para poder hacerlo—, pero sí apuntan a una comprensión de la convivencia de las variedades lingüísticas más abarcadora que la que parece dibujarse en el libro al que me refiero, bastante simplista a mi juicio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALEANR = Alvar. 1979-1983.

Aliaga Jiménez, José Luis. 1994. «Nuevas notas para la historiografía del habla de Aragón», *Archivo de Filología Aragonesa*, 50: 21-41.

Alvar, Manuel. 1976a. «Actitud del hablante y sociolingüística», en *Teoría lingüística de las regiones*, Barcelona, Planeta: 91-114.

—. 1976. *Aragón. Literatura y ser histórico*, Zaragoza, Libros Pórtico, cap. III, 91-228.

—. 1977. «Introducción literaria», en *Aragón*, Madrid, Fundación Juan March: 105-130.

—, con la colaboración de Antonio Llorente, Tomás Buesa y Elena Alvar. 1979-1983. *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR), 12 vols., Madrid, Departamento de Geografía Lingüística del CSIC-Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

—. 1986. «Modalidades lingüísticas aragonesas», en Manuel Alvar (coord.), *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert: 133-141.

Arnal Purroy, M.^a Luisa. 1992. «Conductas y actitudes lingüísticas en la Baja Ribagorza occidental (Huesca)», en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, vol. 2, Madrid, Pabellón de España: 35-44.

Bada Panillo, José Ramón. 1990. *El debat del català a l'Aragó*, Calaceit, Edicions del Migdia, col. «La Gabella».

Buesa Oliver, Tomas. 1980. «Estado actual de los estudios sobre el dialecto aragonés», en Antonio Ubieto (coord.), *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, vol. 1, Zaragoza, Universidad de Zaragoza: 355-400.

- Buesa Oliver, Tomás. 1985. «Presentación», en Gerhard Rolhfs, *Diccionario dialectal del Pirineo aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»: V-XIII.
- Canellas, Ángel. 1980. «De los aragones al Aragón Trastámara», en *Aragón en su historia*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada: 101-186.
- Conte, Anchel *et al.* 1977. *El aragonés: identidad y problemática de una lengua*, Zaragoza, Librería General.
- Deprez, Kas, e Yves Persoons. 1987. «Attitude», en Ulrich Ammon, Norbert Dittmar y Klaus J. Mattheier (eds.), *Sociolinguistics. Soziolinguistik. An International Handbook of the Science of Language and Society. Ein internationales Handbuch zur Wissenschaft und Gesellschaft*, vol. 1, Berlín-Nueva York, W. de Gruyter: 125-132.
- Enguita Utrilla, José M.^a. 1986. «Algunas consideraciones fonéticas sobre las coplas de la jota aragonesa», en *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Zaragoza): 1241-1258.
- . 1988. «Panorama lingüístico del Alto Aragón», *Archivo de Filología Aragonesa*, 41: 175-191.
- . 1992. «Léxico aragonés en documentación zaragozana de los Siglos de Oro», en *Actas del II Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (Siglos de Oro)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»: 227-254.
- y M.^a Luisa Arnal Purroy. 1993. «Aragonés y castellano en el ocaso de la Edad Media», en *Homenaje a la Profesora Emérita M.^a Luisa Ledesma Rubio. Aragón en la Edad Media (X-XI)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza: 51-83.
- y M.^a Luisa Arnal Purroy. 1994. «Particularidades lingüísticas en textos notariales zaragozanos de finales del siglo XVIII», *Archivo de Filología Aragonesa*, 50: 43-64.
- y M.^a Luisa Arnal Purroy. 1996a. «La castellanización de Aragón a través de los textos de los siglos XV, XVI y XVII», *Archivo de Filología Aragonesa*, 51: 151-196.
- y M.^a Luisa Arnal Purroy. 1996b. «Lámala Aragón *ffenojo*», en Esteban Sarasa (coord.), *Fernando el Católico y su época*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»: 411-430.
- Fatás, Guillermo. 1977. «La Historia. I. La Antigüedad», en Eloy Fernández Clemente (dir.), *Los aragoneses*, Madrid, Istmo: 67-93.
- Ferguson, Ch. 1959. «Diglossia», *Word*, 15: 325-340.
- Fernández Clemente, Eloy (dir.). 1977. «Introducción» a *Los aragoneses*, Madrid, Istmo: 11-14.
- Fishbein, Martin, e Icek Ajzen. 1975. *Belief, attitude, intention and behavior. An introduction to theory and research*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley Pub. Co.

- Frago Gracia, Juan A. 1978. Reseña de Anchel Conte *et al.*, *El aragonés, identidad y problemática de una lengua*, *Archivo de Filología Aragonesa*, 22-23: 309-311.
- . 1991a. «Conflicto de normas lingüísticas en el proceso castellanizador de Aragón», en *I Curso de Geografía Lingüística de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»: 105-126.
- . 1991b. «Determinación sociolingüística en la castellanización del valle del Ebro», en *I Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (Edad Media)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»: 115-130.
- Giralt Latorre, Javier. 1996. «Creencias y actitudes lingüísticas en Azanuy (Huesca)», en Alegría Alonso *et al.* (coords.), en *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, vol. 2, Madrid, Arco Libros, vol. II, 1069-1080.
- Horno Liria, Luis. 1957. «El tópic literario aragonés», *Zaragoza*, 5: 83-103.
- Lacarra, José M.^a. 1972. *Aragón en el pasado*, Madrid, Espasa-Calpe.
- López García, Ángel. 1985. *El rumor de los desarraigados. Conflicto de lenguas en la Península Ibérica*, Barcelona, Anagrama.
- López Morales, Humberto. 1989. *Sociolingüística*, Madrid, Gredos.
- Mainer, José-Carlos. 1977. «La Literatura», en Eloy Fernández Clemente (dir.), *Los aragoneses*, Madrid, Istmo: 297-351.
- . 1989. *Letras aragonesas (siglos XIX y XX)*, Zaragoza, Oroel.
- Martín Zorraquino, M.^a Antonia. 1991. «Estudio sociolingüístico del habla de Zaragoza: problemas y primeros resultados», en *Actas del I Congreso de Lingüistas Aragoneses*, Zaragoza, Diputación General de Aragón: 169-200.
- . 1985. Reseña de Ángel López, *El rumor de los desarraigados. Conflicto de lenguas en la Península Ibérica, Andalán* (15.10.1985): 32 y ss.
- Monge Casao, Félix. 1951. «Notas para la historiografía del habla de Aragón», *Boletín de la Real Academia Española*, 31: 93-120.
- . 1989. «¿Una nueva lengua románica?», en *La Corona de Aragón y las lenguas románicas. Miscelánea de homenaje para Germán Colón*, Tübinga, Gunter Narr Verlag: 275-283.
- Nagore Laín, Francho. 1979. *Gramática de la lengua aragonesa*, Zaragoza, Librería General.
- . 1985. «Sobre la inexistencia del aragonés y otras ficciones», *El Día* (10.11.1985): 3.
- y Chorche Cortés. 1977. «El aragonés», en Eloy Fernández Clemente (dir.), *Los aragoneses*, Madrid, Istmo: 273-295.
- Peralta, Mariano. 1986. *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano* [1836], Zaragoza, Moncayo.

- Rodríguez Adrados, Francisco. 1994. «El español, lengua común de España», *ABC* (17.01.1994): 3.
- Salvador, Gregorio. 1992. «Política lingüística», en *Política lingüística y sentido común*, Madrid, Istmo: 69-91.
- Saralegui, Carmen. 1984. «Respuestas navarras a la pregunta *nombre del habla local*: comentarios sobre el mapa núm. 5 del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR)», *Archivo de Filología Aragonesa. Homenaje al Prof. Tomás Buesa Oliver*, 34-35: 537-551.
- Sarasa, Esteban. 1977. «Historia. II. La Edad Media», en Eloy Fernández Clemente (dir.), *Los aragoneses*, Madrid, Istmo: 93-119.
- Sesma Muñoz, Ángel. 1980. «Aragón medieval», en *Aragón en su historia*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada: 107-186.